

## FARMACIA SANTIFICADA \*

DRA. CARMEN GUIRADO RODRÍGUEZ-MORA

Sabéis, amigos míos, que hay en Madrid una calle, más bien cortita, que va desde la siempre llamada Plaza del Conde de Toreno a la Plaza de Cristino Martos, calle en donde se respira, además de hidalguía y aristocracia, un muy especial olor de santidad por haber vivido en ella, y haber trabajado en ella, una de las valientísimas primeras mujeres universitarias españolas. Ella, como boticaria, ¡farmacéutica!, diríamos ahora. La calle se llama San Bernardino. La preside en su parte central el suntuoso palacio de los Duques de San Carlos, numerosa familia de títulos nobiliarios: Duques de Miranda, Marqueses de Santa Cruz, etc..., por citar algunos de los numerosos familiares de nobleza que habitan ese palacio, mejor dicho, que habitaron ese palacio; que aún hoy, creo, sigue habitado por algunos descendientes de la familia ducal de San Carlos.

Subiendo la calle hacia la plaza de Cristino Martos, el palacio se encuentra a la derecha. A la izquierda, frente al palacio, hay casas de pisos adosados al sostén arquitectónico de la famosa Iglesia de San Marcos, por el nombre de Ventura Rodríguez que la acuña.

En los bajos de esas casas hay tiendas. Habitados los pisos por clase media, más bien alta, por su distinción y señorío de élite, Catedráticos, Ingenieros, Abogados, como el destacado letrado Rogelio Guirado, Jurisconsulto y abogado del vecino Palacio de los San Carlos, Miranda, Santacruz, etc.

Pues, también, esta Iglesia de San Marcos sella su impronta religiosa muy especial, no sólo por la mano de Ventura Rodríguez y la belleza de sus imágenes, sino también por la calidad de amueblamiento regalada y protegida por los feligreses de tan alta alcurnia que la tienen como parroquia.

Eso hace que todo el ambiente de la calle, incluso de los más pobres, destaque por su religiosidad, por procurar su comportamiento educado e imitado de los aristócratas y Grandes de España que la frecuentan.

Esa era la ambientación de ese barrio, sobre todo, de esa calle.

---

\* Miércoles, 6 de junio de 2007, en la Real Academia de Doctores de España. Universidad Central, Salón de Actos de la calle Noviciado, 3 de Madrid.

Pues bien, en ese ambiente, que ya con lo dicho podéis captar y figurároslo, se va a desarrollar mi relato.

En la casa de pisos situada enfrente del palacio de los Duques de San Carlos, que era el número 7 triplicado de la calle San Bernardino (hoy esa misma casa es el número 11), había un local comercial lindando con el portalón de entrada a la casa. «¿Para qué?»... La Duquesa de San Carlos siembre contestaba...: «Un buen día se sabrá».

La Duquesa de San Carlos era la Camarera Mayor de la Reina, la ya recién casada esposa de Alfonso XIII, doña Victoria Eugenia de Battemberg, pero también la Duquesa era la encargada de supervisar el botiquín del Palacio Real. Ella se había informado muy cuidadosamente, diríamos que con toda minuciosidad, sobre cuál era el mejor boticario de España. La mayoría de los lugares de información coincidían en recomendarle, como muy sapiente y muy meticulado, al boticario de un pueblo de la provincia de Toledo llamado Lillo. Ordenó a su doncella y personal que prepararan el coche para partir muy de mañana para Lillo donde, probablemente, iban a pasar el día. Llegados allí indagaron dónde estaba la botica del señor Moragas. Resulta que era la única en el pueblo y en los pueblos de alrededor, y todo el mundo estaba muy contento con el boticario: «Un señor tan sabio y tan buenísimo y caritativo. No hay otro igual», eso era *voz populi*.

Decide la Duquesa ir a buscar al médico del pueblo, pero de incógnito, sin que supiera nadie que ella era la Camarera Mayor de la Reina, y completa su seguridad de que el mejor boticario, tanto por conocimientos como por honorabilidad y pundonor es el señor Moragas, y por trato humano y bondad cristiana le hacen acreedor de ser nombrado proveedor de la Real Casa. Resulta que iba con su doncella buscando lugar donde comer, cuando, descubre, al fondo de la calle donde habían pensado ir a comer, la llegada de un médico alemán, muy famoso, que con relativa frecuencia iba a palacio a visitar a la Reina Madre.

La Duquesa sabía que le llevaba medicinas muy buenas para la piel, que tenía muy sensible ya por su edad, necesitaba medicina preventiva para evitar molestias posteriores. Se echó un pañuelo a la cabeza. Cambió su chaqueta con la de la doncella que le acompañaba y se envolvió en el mantoncillo negro de las chulapas madrileñas, que su muchacha llevaba, y siguiendo al doctor, entró también ella en la botica. Presenció cómo le envolvía cuidadosamente las fórmulas magistrales que le tenía hechas y que el señor Moragas no sabía para quién era. Ella conocía bien esa envoltura en las inspecciones de repaso que hacía en los botiquines del Palacio Real dedicados a Sus Majestades los Reyes.

Comprendió que el señor Moragas no era un buen boticario, sino un magnífico boticario, quizá el mejor del mundo. El día seguía abriendo su caja de sorpresas.

La Duquesa de San Carlos tenía la costumbre de ir a misa de seis de la mañana en San Marcos y al terminar la misa un coche de la Casa Real la estaba esperando en la calle San Leonardo a la puerta de la Iglesia de San Marcos para llevarla a Palacio a sus tareas como Camarera Mayor de la Reina. A esa misma hora, seis de la mañana, tenía también costumbre de ir a misa a San Marcos la Excm. Señora doña Matilde Carolina, señora de Rodríguez-Mora Carmona, de familia muy querida en Úbeda, y cuyo escudo de armas de familia figura en la Iglesia de San Salvador.

Esta señora da la casualidad que vive temporadas en este piso de San Bernardino, 7, triplicado, piso principal izquierda y, de verse todos los días en misa se han tomado mucho afecto. Pues, de pronto, ve parar un coche de caballos a la puerta de la botica Moragas y de él sale su amiga Matilde con su pequeña hija Matildita que la trae a Madrid para que empiece a estudiar piano con doña Pilar Fernández de la Mora, señora viuda de un general; muy buena pianista y muy buena profesora, y que también las hermanas de nuestro muy amado Rey Alfonso XIII dan clases de música con ella.

El encuentro de la Duquesa y de Matilde fue emocionante y lleno de cariño. Iba por una receta para su cuñado que, desgraciadamente, había sido contagiado de sífilis y el señor Moragas le preparaba unas inyecciones todos los meses que le estaban yendo muy bien.

Con tantos encuentros y todos tan positivos hacia la botica Moragas, la Duquesa decide qué hacer con su local comercial.

Por fin llegó el día. El local de San Bernardino, 7, triplicado, sería para que el señor Moragas trasladara su botica, ya proveedora de la Real Casa, desde Lillo a Madrid, a la calle de San Bernardino, 7, triplicado.

¡Qué alegría tan grande para el señor Moragas. Ahora ya sí podrían!

¡Claro que podrían estudiar Farmacia y cuanto quieran mis hijos. Dios me ha dado hijos inteligentísimos que pueden alcanzar lo que se propongan hacer. También Elvira, sí, también Elvira quiere estudiar Farmacia. ¿No la van a dejar?...!

Fueron tan brillantes las notas del Bachillerato y tan encantadora la sabiduría de Elvira, que se le permitió matricularse en Farmacia.

Su padre la llevaba todos los días a la Facultad. En la puerta los esperaba el bedel, que con todo respeto y admiración, la acompañaba hasta el estrado de los profesores donde se sentaba junto al profesor, en el sitio de la tarima situada expresamente para el profesorado. ¡Qué emoción, qué honor, cuánta alegría y cuántas bendiciones! Elvira estudiaba y estudiaba sin parar, y ver a sus padres contentos era su mayor felicidad.

En cuanto llegaban de la Universidad, Elvira se entraba en la Farmacia, siempre llena y plena de trabajo para el señor Moragas, y ayudaba a su padre tan eficientemente que parecía un milagro.

La madre los miraba a los dos queriendo soñar cómo sería el futuro de Elvira, cómo serían sus nietos, pero a los gozos siempre hay algún dolor. Los padres querían que su hijo estudiara también Farmacia para ayudar a su hermana que no daba abasto para atender a todo.

El hermano, rebelde, no quería estudiar Farmacia. El padre envejecía muy rápidamente. Antes de morir le gustaría ver casada a su hija y su marido saberlo bueno y entregado a su hogar como él.

No veía el esposo dulce y bueno para la «joya» de su hija, más bien envidia y rabia es lo que apreciaba el padre hacia Elvira.

A las puertas de la muerte, el señor Moragas confesó a su hija su preocupación. Ella le dijo: «No te preocupes, yo tengo a Dios, que ése sí me quiere». Consiguió que su hijo le prometiera estudiar Farmacia y ayudar a Elvira. Vio a los dos felices y eso le dio, junto a los besos y bendiciones de su esposa, una muerte dulce y prometedora de paz divina.

Elvira sentía la llamada de Dios cada día más fuerte y asimismo agradecía a su hermano el sacrificio de estudiar Farmacia por ayudarla. La farmacia, llena continuamente, era una bendición para ellos.

Una mañana del año 1912 llegó a la puerta de la Farmacia Moragas un enorme coche acharolado con los distintivos imperiales en los uniformes. Del coche baja una deliciosa persona con cara de bondad y belleza muy especial, como eterna; era la emperatriz Zita.

La calle de San Bernardino se llenó a tope. Se le notaban los síntomas de embarazo, sería quizá el sexto o séptimo hijo. La emperatriz Zita, creo, tuvo diez hijos, el último, ya viuda ella, no pudo conocerlo su padre.

Entró en la botica, se le trajo el mejor sillón mientras le despachaba Elvira las medicinas y fórmulas magistrales recetadas por su tocólogo. La emperatriz le dijo que sentía una paz y consuelo especial al hablar con ella y le pidió a Elvira que rezara mucho por ella y por sus niñitos. Elvira le prometió que rezaría por ella y sus hijos todos los días de su vida, y también desde el cielo.

Algo transparente y bello, como envueltas en una gasa celestial, hizo efusivo este abrazo. Nunca, por protocolo, la emperatriz abrazaba a nadie. ¿Qué pasó? Qué se dijeron bajito, no lo sabremos nunca, pero algo sobrenatural ocurrió en aquella farmacia aquel día.

Matildita, la niña que estudiaba piano con la profesora de las Infantas y que quería mucho a Elvira, bajó de su piso, el principal izquierdo de San Bernardino, número 7, triplicado. También la emperatriz la abrazó y la bendijo y dijo a Matildita: «Hija mía, sé fuerte, tú irás a buscarla en su lecho de muerte porque ella será preciosa, mártir elegida por Dios. Yo también sufriré mucho, pero las tres tendremos siempre la ayuda de Dios...», cómo dijo eso la emperatriz y porqué se abrazaron las tres ante la sorpresa de los que las veían.

Pasó el año trece. El año catorce fue el estallido de la horrible guerra mundial que terminó en el 18. Elvira, ya en el año 1915, decidió hacerse Carmelita, puesto que su hermano cumplió la promesa de estudiar Farmacia, y Elvira podía entregarle la farmacia como quería su padre, con el cartel de Proveedora de la Real Casa.

Elvira está ya, en plena guerra mundial, dentro del Carmelo y cumple su ideal contemplativo.

En el Carmelo de Santa Ana y San José se recuerda mucho a la farmacéutica santa. Creo que allí fue priora y de allí arrastrada al martirio. Día 15 de agosto de 1936.

Terminada la guerra de 1918 y expulsada la Emperatriz Zita de sus reinos, Alfonso XIII, que era tan humano y tan magnánimo, le proporcionó en Lequeitio un pala-

cete. No sé si vino a Madrid a ver a Elvira. Una de las muchachas que acompañaban a Zita en su destierro y cuando la emperatriz salió de España, ella prefirió quedarse en Lequeitio, dice que se carteaban mucho.

¿Qué se dirían en sus cartas Zita y Elvira?

Las dos han sido mujeres muy valientes y muy buenas y, salvando las distancias, las dos han tenido muchos puntos de contacto.

Ahí queda la farmacia que pisaron los pies santos. Ya esta farmacia no es de la familia Moragas y está cambiadísima.

Cuando sea canonizada Elvira, o sea, María Sagrario de San Luis Gonzaga, es posible que a alguien se le ocurra poner en la puerta de la farmacia una plaquita.

¿No os parece, queridos contertulios, que pueda ser que ocurra?

Si me permiten les cuento como conocí a sor María Sagrario de San Luis Gonzaga, la farmacéutica Elvira Moragas, una de las primeras brillantes farmacéuticas de España. A pesar de ser yo entonces tan pequeña, asombrosamente conservo de Elvira la impactante sensación de su dulce beso en mi mejilla felicitándome por mi santo y recuerdo su regalo del único caramelo que tenía.

Señores, mi familia, por miedo a la revolución que parecía avecinarse en julio de 1936, decidió trasladarnos desde el chalet de Chamartín, pueblo muy cercano a Madrid, hoy barrio de Madrid, a nuestro piso de San Bernardino, número 11, donde también habían venido a vivir ya en el piso bajo de la Farmacia Moragas el farmacéutico hermano de Elvira y su mujer, cuñada de Elvira y sus hijos, los sobrinos de Elvira, Ana María, la hija mayor, fue desde entonces mi gran amiga.

Mi madre también tomó mucho cariño a la esposa del farmacéutico y la acompañaba con frecuencia, y así en esta ocasión decidió ir con ella a visitar a su cuñada monjita, priora de su Convento de Carmelitas. A mi madre se le ocurrió llevarme a mí también como regalo especial por mi santo, 16 de julio de 1936, día de la Virgen del Carmen.

Es curioso que yo no recuerde cosas y hechos posteriores y sí conserve la sensación del beso de Elvira felicitándome.

Poco después, el 15 de agosto, ella recibía la Palma del Martirio en la Pradera de San Isidro, junto a la ermita donde allí fue fusilada.

Para mí este hecho de mi claro recuerdo del beso de sor María Sagrario lo aprecio como un milagro que me emociona muchísimo cada vez que lo recuerdo.

Voy a contar algunas anécdotas que recuerdo sobre Elvira, transmitidas por personas que las vivieron.

Procuremos imaginar en nuestras mentes las palabras y el sonido de la voz que podría ser de una muy cristiana y extraordinaria mujer que fue la madre de Elvira.

Escúchenla: «Hoy se ha abierto el cielo para mí».

Palabras textuales pronunciadas por la madre de Elvira cuando, recién nacida su hija, la comadrona se la puso en sus manos: «¡Señora, es niña y es preciosa!»

Fue acertado comentario de la comadrona, pues la niña ha sido preciosa en todos los sentidos.

La señora Moragas, esposa de tan sabio y apreciado farmacéutico de Lillo, en parte inmejorable, termina de dar a luz, y el pueblo de Lillo está revolucionado de alegría, pues los Moragas era un matrimonio muy querido.

Se corre la noticia y llegan las felicitaciones. Una de las primeras de la Duquesa de San Carlos y de su Majestad el Rey y demás familia real.

Se agolpaban a la puerta los ansiosos de ver a la recién nacida. Lillo entero está feliz. Presagiaba, *vox pópuli*, lo que iba a ser aquel ángel.

Dando gracias a Dios, la señora Moragas repetía: «Con la llegada de esta niña se ha abierto el cielo para mí».

Pues sí, tuvo cualidades muy meritorias: fue dúctil, fue muy obediente, «virtud de obedecer que todo lo puedes», decía Santa Teresa.

Fue buena y leal, y muy inteligente, con gran fuerza de voluntad digna de encomio. En todo fue extraordinaria.

En verdad, un tesoro de hija. Recordamos que los catedráticos la admiraban, los compañeros la respetaban y se puede decir que la adoraban. Los bedeles la acompañaban hasta el estrado de catedrático con inmenso respeto y veneración. No defraudó nunca a nadie. Sus cualidades la llevaron a terminar con perfecto éxito su carrera universitaria.

Fue muy sencilla en su manera de ser y muy asequible y corona el colofón de su vida con la corona del martirio con su perfecta entrega a Dios con la corona de mártir llena de felicidad por ser testigo de la grandeza y amor de Dios.

Bendiciendo a Dios por haberla permitido ser sirviendo fielmente al Supremo Hacedor.

Por ella, como dijo su confesor, queda bendecida la actividad farmacéutica.

*Meditar la vida de Elvira es algo impresionante.*

Creo que he leído casi todo lo que se ha escrito sobre ella y lo que sí tengo fielmente anotado es lo que oí de los labios de Juan Pablo II: «La importancia de su compromiso con Dios, siempre presente en su presente».

Elvira nos enseña la gran importancia de la responsabilidad sobre nuestros actos y nos enseña los privilegios de la libertad de nuestras almas.

Dos dones: libertad y razón, dados gratuitamente por Dios al ser humano, de los que no apreciamos debidamente su valor y desgraciadamente no procuramos hacer

buen uso, pues hay en verdad que reconocer que no nos paramos a saber apreciarlos y darle gracias de que nos los regaló.

Elvira, está demostrado, que sí supo apreciarlos y usarlos, teniendo en cuenta la responsabilidad de nuestros actos, sabiéndolos, por su gran cultura de esforzados estudios, aprovechar el privilegio de los sentimientos que por don divino disponemos.

«Ella miraba continuamente al cielo forzándose a reflexionar sobre estos dones», palabras del Papa.

Me viene a la memoria las palabras de un destacado escritor francés: «Si miráramos siempre al cielo, acabaríamos por tener alas».

*Amar a Dios, bendecir a Dios, esa fue Elvira.*

Por ella queda esencialmente bendecida la actividad farmacéutica.